

PRESENTACIÓN DE LA REVISTA *LA VENTANA*, NÚMS. 7-8

MARY LOUISE PRATT

Doctora en antropología e investigadora en la Universidad
de Nueva York.

Guadalajara, Jalisco, diciembre, 1998

Es un gran placer y un honor haber sido invitada a participar en esta presentación de estos dos números de *La ventana*. El número siete apareció en julio de 1998 y el número ocho todavía está calentito, recién salido del horno —si me permiten la metáfora uterina. El tema de ambos números es el de la masculinidad y/o las masculinidades.

Creo yo que la tarea de quien presenta una publicación es delicada, ya que hay que decir al público lo suficiente para convencerles que tienen que leerla, y no lo suficiente para que puedan creer que ya no tienen que leer el libro.

Una cosa que impresiona de estos dos números de *La ventana* es la **amplitud** y la variedad de las perspectivas, los temas y las materias que abarcan. Se encuentran en ellos análisis de cine (los zapatos plateados que le pusieron a Bogart para que pudiera compararse con Ingrid Bergman), de literatura (A. Yáñez y Kenzaburo), reseñas de libros, bibliografía, artículos sobre los chistes sexuales, el nuevo homo erotismo en los medios masivos, los enfermeros, el estado de los debates sobre aborto y derechos de género, y ensayos largos sobre teoría y metodología, violencia y masculinidad, el *cloning* y la nueva biología reproductiva, masculinidades en el D. F., la ciudad de Guatemala, en la

izquierda chilena, sobre religiosidad y poder de género en España, y —por supuesto— sobre el fútbol.

Lo que permite esta amplitud sin generar la sensación de caos es el formato ingenioso de *La Ventana*, que combina ensayos largos (de veinte a cincuenta páginas), con artículos cortos (de cinco a diez páginas).

El centro de gravedad de ambos ejemplares de *La Ventana*, está en la antropología social. Como siempre, en este campo científico, encontramos que ya los puros datos mostrados son fascinantes. No puedo resistir hablarles de una anécdota que ejemplifica esto: un antropólogo que, trabajando en Santo Domingo —colonia popular, en el sur del D. F.—, explora la masculinidad y la paternidad. En una tienda de instrumentos musicales toma una foto que lleva consigo durante varios años y que utiliza en todos los sectores de la sociedad mexicana para analizar las reacciones a la imagen de un hombre cargando un bebé. Esto aparece en las páginas 126 y siguientes, en el capítulo final: tendrán que comprar la revista y leerla para saber qué pasa.

Me gustaría ahora enfocar dos puntos: 1. Lo que significa abrir la ventana sobre la masculinidad, es decir, sobre esta categoría normativa del ser y, 2, comentar, en términos de metodología, lo que podemos llamar un momento de incertidumbre en las ciencias sociales, sobre las relaciones entre lo general y lo particular.

1. Lo que significa abrir la ventana sobre la masculinidad

En relación con este primer punto, comenzaría preguntando ¿qué es lo que se descubre cuando se abre la ventana sobre la masculinidad? Se me ocurre que son cosas parecidas a los primeros descubrimientos del feminismo sobre la mujer, es decir: la variabilidad de los conceptos de masculinidad, que varían según las complejidades de las formaciones sociales.

Por otra parte, también puede observarse que dentro de un mismo grupo social, las ideologías de masculinidad son no sólo múltiples sino contradictorias —por ejemplo, los significados ligados a valores como la responsabilidad y la libertad (que habría que confrontar con lo que ocurre con las mujeres en relación con la maternidad y la juventud), y que las contradicciones son *funcionales*; por otra parte, también hay implicaciones metodológicamente hablando: explorar la masculinidad es desnaturalizar el sujeto del género, así como las dimensiones explicadas por la categoría de naturaleza—especialmente en relación con la violencia masculina, que podría confrontarse con el fenómeno de la maternidad femenina.

Sin embargo, sería un error ver el estudio la masculinidad/sujeto masculino y el estudio la feminidad/sujeto femenino, como idénticos o equivalentes. En este punto, son útiles los términos de categoría marcada/no marcada, es decir, categoría normativa o categoría *faltante*, es decir, aquella que nunca se tiene que nombrar, y la que «naturalmente» se supone porque no se indica nada como su contrario. Un ejemplo de este tipo de categorías es la categoría *blancura*: la categoría se mantiene muy transparente, invisible, como síntomas de su normatividad. No olvidemos que lo no nombrado es tal no porque sea tabú, sino porque es normativo.

Estudiar la masculinidad significa crear a la masculinidad como objeto de estudio, lo cual es *marcar la categoría no marcada*. Implica desnaturalizar no solo la categoría, sino también la normatividad de la categoría, abrir esta normatividad a una reflexión crítica donde ya no es transparente y se *nombran* sus dimensiones arbitrarias —y también las no-arbitrarias.

Este ejercicio implica otro tipo de toma de conciencia. Una categoría no marcada suele ser invisible para uno mismo: sin alguna intervención específica, el blanco no suele conocerse como blanco, sino como «persona», mientras que la persona de color se conoce a sí misma como persona de color, y al blanco como blanco. Con la heterosexualidad/homosexualidad sucede algo similar. Paralelamente, sin una intervención específica, es muy difícil que un hombre conozca sus privilegios de género como privilegios.

Las mujeres —categoría marcada—, suelen conocerse, y ser conocidas como mujeres. El proyecto feminista no produce este estado de conciencia, sino que surge de ella, lo cual habla de las implicaciones metodológicas y epistemológicas. En la medida en que el sujeto normativo no se conoce como tal, tampoco puede describirse como tal, es decir, no puede ser una fuente adecuada de datos sobre su condición normativa. Paradójicamente, los blancos son muy ignorantes de lo que significa la blancura o el ser blanco —y esta ignorancia es parte de lo que mantiene las relaciones de desigualdad racial. Paralelo es el caso de la diferencia de género, o de la heterosexualidad.

Abrir la ventana sobre la masculinidad no significa simplemente llenar la otra columna, producir un balance entre estudios de hombre y de mujer, sino dar otro paso esencial hacia el desequilibrio total del esquema, al auto conocimiento como tal del sujeto no-marcado, toma de conciencia que abre, para este sujeto, posibilidades de cambio.

Pero ese paso no es inevitable —menos todavía porque es un paso que, entre otras cosas, es difícil y doloroso— y para los seres dominantes, resulta poco necesario. Es muy fácil imaginar estudios y movimientos de masculinidades que reafirman, relegitiman y renaturalizan la dominación masculina, sabemos que existen. Los «estudios masculinistas»

no serían una contraparte de los «estudios feministas» sino su opuesto. Por eso, uno de los ensayos teóricos de La Ventana distingue explícitamente entre estudios de masculinidad elaborados dentro del feminismo, que se orientan hacia la eliminación de desigualdades de género, y los que se elaboran como alternativa o contestación al feminismo.

Como ya sabemos, existen ciertos «estudios de la mujer» que solamente producen fáciles descripciones o análisis, y que no amenazan en nada el *estatus quo* sino que, más bien, lo refuncionalizan o relegitiman (tal es el caso de la sociobiología y de los movimientos de estudios de mujeres, conservadores o reaccionarios).

Agregaría solamente una observación final: es muy importante estudiar paralelamente a la dominación, la categoría de *privilegio*. Cómo funciona, cómo se preforma para los otros mientras se invisibiliza para el sujeto privilegiado, es decir, hay que analizar la inconsciencia como privilegio; el saber no como poder, sino como dolor.

2. Momento de incertidumbre en las ciencias sociales.

Estos dos tomos de La Ventana representan el momento actual de incertidumbre en las ciencias sociales, en relación a cómo establecer las relaciones entre lo general y lo particular. Los trabajos ahí publicados se manifiestan reticentes a las generalizaciones, a las expresiones de «lo verdadero»; sospecho que hacia cualquier acto de generalización —y eso aunque se mantiene la postura generalizante, sin la cual las ciencias sociales no existirían. Pero se observa también el rechazo al tipo de generalizaciones programáticas o predictivas...

Es fundamental para los estudios de las masculinidades, vincularse con los debates teóricos en torno a la dialéctica de estructura y agencia/ actuación. A partir de aquí, podría reconocerse que es frecuente la so-

brealvalorización de la estructura —determinismo, positivismo—, que no es realmente dialéctica sino vertical; por otra parte, hay que marcar el etnocentrismo implícito en las generalizaciones, así como el euro/androcentrismo de los universalismos tan fetichizados por las ciencias sociales como máxima expresión de su capacidad de saber.

Al leer los textos de estos dos números de *La Ventana*, se observa que hay una tendencia hacia una resolución que reconceptualiza las «estructuras» como algo que se podrían llamar «campos de actuación», cambiando la perspectiva de la relación vertical sujeto/estructura como algo horizontal, ya que de lo contrario se corre el riesgo de perder de vista las jerarquías, las desigualdades. En las descripciones de las diversas y sumamente creativas maneras en que se vive la subordinación o la escasez, resulta muy fácil perder de vista la realidad intolerable de la subordinación y la escasez.

De allí, tal vez, surge la *necesidad* teórica de vincular nuestras nuevas observaciones sobre la capacidad de «agencia», sobre el poder de actuar, con las ideas cualitativas como, por ejemplo, la **libertad**. Me parece fascinante la medida en que esta palabra parece anacrónica y, tal vez, en la conversación que sigue, surgirá otra.

Esta transición metodológica y conceptual me parece uno de los índices más significativos de que va a seguir abierta esta ventana. Que compren la revista, pues, para que sea así.